

Ciudad

Montado en la bicicleta, una película fría en los ojos me impide deletrear el cartel en el que debería desviarme. El cielo una carpa gris en una función de domingo. Pocos personajes, reservados. Uno de saco y corbata pasea por los palos borrachos y acaricia con índice y pulgar derechos los frutos estallados, de algodón sedoso. Por un segundo, la perspectiva de no regresar —¿testigo o falso naturalista?—, por ninguna otra razón que la de haber quedado atrapado en una pieza, como quien se queda “detrás de las líneas enemigas”. Todo sucederá dos veces, para que a nadie le quepa la menor duda.

En el segundo que alguien se duerme, la vecina o vecino de cama apoya suavemente su mano en el tórax del dormido, y el sobresalto se reduce a la implosión interior de un copo de nieve. En otro piso, una persona sentada en la cama del que duerme espera que despierte como si esperara a que este termine de leer algo.

Hipnosis auditiva de un ómnibus, como la de un micro que va de una terminal a otra en un aeropuerto. Tantas las dificultades técnicas que surgen por el mero hecho de no estar en el momento que se está atravesando.

Tarde negra de lluvia, noche precoz se babea en el asfalto, silencio y vacío, salinos, ciudad desierta, los sobrevivientes de a dos, el que va solo entra a un quiosco atendido por sordomudos.

Antes de cruzar mira una gota en el antejo como a través de un microscopio. Voy a la caza de libros mal traducidos de autores cuyas obras ya no se consiguen en ningún idioma. La lluvia, o mejor, una tormenta, siempre podrá actuar de atenuante frente a una ausencia (al incumplimiento de un compromiso).

En una misma persona —adulto, hombre— incesante preocupación por el dinero, incesante deseo de tenerlo en abundancia, y a la vez una infinita distracción con respecto a los sitios en los que lo esconde, lo guarda; descuido general en la manipulación, el conteo; exceso en las propinas que deja, en la plata que se ofrece a prestar.

Libro asomado en el bolsillo exterior derecho de una campera azul, delgada, marchita, de supervisor de ómnibus suburbano. Lector que ante la presencia de más de un interlocutor se convierte en impredecible (en cuanto a lo que pueda “llegar a decir”).

A esa hora y no otra pasa en la oscuridad el que cree tararear y canturrear con facilidad (y la tiene), pero sabe que esa virtud improvisatoria llevada a cierto grado pierde toda originalidad y se vuelve algo sin relieve.

Euforia del peatón (Silvio) que pasa junto a un vagabundo que lee y no alza la cabeza cuando oye pasos. Alguien que no quiere ver a nadie para no “entrar” en el diario de otros, como si creyera que todavía se escriben diarios íntimos en el mundo (o al menos en esta ciudad).

En lugar de llegar tarde, en esta ciudad se recomienda directamente no aparecer.

Lucio lee mientras cocina.

Vuelve del trabajo, y apenas franqueada la puerta de entrada, un hombre con una corbata en el bolsillo pisa la cucaracha que tenía en vilo al resto de la familia. Modo fácil y rápido de creer que se reafirma la imagen paterna. A medida que pasan trotando alrededor de la plaza en la noche de verano, los rezagados se borran como si los hubiera absorbido un secante (magia escolar).

Se corta la luz en toda la ciudad. La plaza se oscurece en segundos y es una sola sombra en medio de la vuelta que estaba dando ese lector. Si no fuera porque hay demasiada gente habría seguido corriendo, en la oscuridad total, en círculos, modo ideal de dejar de especular, de hacer un blanco por dentro y avanzar como un murciélago tragando insectos, la boca bien abierta para no perder del todo el sentido de realidad.

Dos hermanas jóvenes, gemelas. Una se dedica al violonchelo, la otra al títere que baila tocando el violín. Sufre más —la delata la cara, más precisamente la boca— la que manipula el títere. Deplora el silencio del títere.

Parejas que a punto de cumplir sesenta años, el marido acaso más, empiezan a recorrer largos tramos, de ruta o en la ciudad, con la luz interior del auto encendida, no necesariamente de noche, como si quisieran verificar el olvido de un pequeño artefacto, o ver mejor aquello que van a masticar y

tragar, o verse las caras ante un único testigo: la inverosimilitud de haber pasado tantos decenios juntos.

Silencio absoluto en el vagón del subterráneo. Como si todos los pasajeros oyeran (porque leen para sí) la historia que avanza. Cuando el subterráneo se detuvo entre una estación y otra “por razones de seguridad”, supe que podía seguir leyendo: alguien se estaba ocupando de mí.

En una ciudad como esta Bruno solo puede esconderse eludiendo el tiempo. Un café que en su propio espacio acre atraviere la coordenada de tiempo con una tijera. (Se cortó un dedo con el canto de una hoja.) Convertido en espejo, el cuadrante de su reloj de muñeca refleja los árboles y el cielo, y al girarlo levemente el tráfico pasa invertido. Meñique extenso y delgado del joven que en el asiento siguiente del ómnibus busca reconciliarse con su vecina. Los gusanos se asombrarán de esas falanges y falanginas al cabo de años de su entierro.

Esta noche y no otra, tres chicos, uno con el torso al aire, bajo las luces de la plazoleta en triángulo de Montevideo y Paraná, más parecidos a comanches pintados por los focos de los autos que pasan o frenan en el semáforo. Cada uno de ellos con una bolsa tres veces más grande que un bolso marinero. Las vacían sobre el escalón del monumento.

Papeles y papeles, súbitamente un libro y otro. Antes de tirarlos a la montaña que se agiganta, el del torso al aire lee los títulos, se detiene (el lápiz de la ciudad se detiene).

No pregunta nada, cruza la calle y antes de empezar a trotar, un hombre vestido en parte de gimnasia, en parte con

una camisa a cuadros, termina de llorar. (Un diario debería contar la verdad.)

Primero de marzo. Después de la lluvia, aire novísimo en el aire. Los peatones, como si vinieran todos de ver la misma película, como si hubiera estado nevando a esta altura del verano.

El corte de luz en una oficina, la tormenta, el viento y la oscuridad reinantes a las seis de la tarde, el asfalto espejado, convirtieron a ese libro no solo en un libro legible, sino en un libro legible un día como este, cuando aparentaba lo contrario, es decir que lo transformaron, sin magias indebidas o inverosímiles de por medio, en otro libro.

Borrador de imagen. Una silla, una mesa de luz, dos repisas.

Un par de medias grises. Dos carpetas de cartulina verde.

Una valija marrón. Dos pañuelos de bolsillo. Un llavero. Los codos apoyados sobre un pupitre.

Un hombre y una mujer se separan por un rato en una ciudad, cada uno para realizar alguna compra. Ella, ropa para regalar. Él, un libro para sí mismo. Se encuentran aproximadamente a la hora acordada, una media hora más tarde. Discuten cuántos minutos se retrasó el hombre. Discusión no muy distinta a la de en cuántos días Stendhal escribió *La cartuja de Parma*.

Gente que puede resignarse a no cerrar bien —a no oír— una canilla, y convivir con un goteo constante toda una mañana.

El joven vendedor de papas lo miraba a Lucio un poco asustado, lleno de preguntas, como si él lo escrutara con todo lo que venía de leer (*Las horas felices de Kai Lung*). Lo asombra cuántas caras alternativas tiene esa persona, sobre todo por el tipo de dentadura.

Cintas sinfín: escaleras mecánicas, subtítulos.

Trenes en las dos direcciones, como los ojos que van y vienen de un renglón a otro.

En el último asiento del colectivo, en el momento en que Bruno se arrepiente de no haber agradecido al chofer por haberse detenido para él solo un poco más allá de la parada, ahora inclinado sobre el libro en la sombra gris del día entero, de repente se enciende la luz arriba suyo, una de las dos que quedaban sin prenderse.

Una señora de un tamaño considerable dice por teléfono celular que le hacía masajes a un chico ciego. No muy lejos, un hombre se sacude como con resortes en brazos y piernas: casi un defecto deseable.

Lucio duerme en la habitación de los libros para no contagiar a su mujer. A la mañana, solo, su mujer en el trabajo, semidormido entre paredes empapeladas de volúmenes, recuperado de una noche afiebrada: silbido de pájaros por la ventana entreabierta.

Apenas comenzada la noche, junto a la entrada del estacionamiento que se extiende por debajo de la plaza, a un lado de la rampa una señora con un pañuelo en la cabeza, una blusa de flores suelta y la cartera negra sobre el ángulo interior

del codo, acerca su cara de plastilina y remueve las ramas en busca de la palabra que cortará de una de ellas. Lectura de arbustos que ha venido a salvar a una metrópoli.

Calle cortada, desvío de tránsito. ¿Un equipo de filmación extranjero en busca de lectores?

La impresión en Silvio de que no todo está perdido al ver que un chico de unos quince años reprende en la vereda a uno de sus dos perros por demorarse más de la cuenta en husmear un objeto irreconocible. La certeza de que ese perro no va a reaccionar mal se suma al lujo que implica esa escena (que el chico pueda perder su tiempo así); es la clase de esperanza que irradia: que al menos haya uno en el mundo esta tarde que pueda pasear perros y actuar que lo fastidian.

Una mujer interrumpe al marido que lee para anunciarle que ha puesto en hora todos los relojes de la casa. La mujer que casi pisa el auto que le tocó bocina pegó un grito infantil, de júbilo, igual que si la hubieran descubierto jugando con las distancias y las velocidades.

Vendedor ambulante de grueso bigote manchado de nicotina ofrece libros en el colectivo: “No vamos a encontrar grandes héroes... Un médico, un campesino que defiende su terruño de un modo especial... Empiezo por Chéjov, un cuento muy romántico, un amor platónico, muy sutil la diferencia entre cordura y locura... La pareja central parece tenerlo todo, pero hay un tercero en discusión, una gata... Un cuento policial con final imprevisto, pero al estar la ironía...

Generalmente cuando uno escribe una carta cuenta algo... les aclaro que las traducciones son impecables”.

Una vuelta en auto mientras el resto duerme (para entender definitivamente a un músico). Salir de la cama sin encender la luz, para seguir leyendo en otro ambiente.

El mapa y la luz de Buenos Aires que fueron estampados en nuestros cráneos, en los que sobresalen, como si fueran las únicas edificaciones sobre un planisferio abierto en una mesa —a punto de ser operado, intervenido—, que se ven en relieve: bibliotecas públicas y privadas, librerías de usados.

Conforman un circuito, que cambia, según la luz, de dirección y de signo, y dentro de su perímetro cualquier lector que intuya la existencia de una llave maestra puede ser poseído por una idea fija que es exactamente lo inverso de la manía persecutoria.

Ladrado en medio de la ciudad, a la altura del asfalto, no de un balcón, hace cuánto tiempo no oído. Perros que ladran cerca de los árboles (en compañía de los árboles).